

Matzer Puríssima

Núm. 131

Agosto 1933

Año XII

TU IDEAL

EL PUDOR

Veo que tienes horror al mal.

Guárdate de una brecha que le facilita la entrada.

Es una quibra de nuestra civilización en crisis que se te habrá presentado tal vez como una conquista, es la pérdida del pudor en la mujer.

La mujer moderna ha creído que el recato y la honestidad eran una esclavitud, y derriba las vallas del «huerto cerrado» que guardaba vividos y virginales sus perfumes y encantos, para disiparse en terrenos ajenos.

Y, en un círculo doblemente vicioso, los anónimos dirigentes de la vida social sin fe ni conciencia, abultan y explotan el libertinaje femenino por medio del gráfico, del espectáculo, del pasatiempo... mostrándolo como exigencia de la época; y la mujer cree que todo eso es el imperativo de la moda que le impone las

nuevas maneras de vestir, de sentarse, de divertirse, de ser más libre y audaz.

En la humanidad caída el pudor acompañó a la mujer hasta en las tribus más incivilizadas; y singularmente desde la venida del Cristianismo la liviandad de las mujeres anduvo siempre encubierta y vergonzante.

Antes la inmoralidad era una situación, un hecho; ahora se convierte en un sistema, en un derecho.

La pérdida de la fé ha traído la corrupción de los principios y el endiosamiento de la carne.

Y los atentados a la honestidad que antes eran reprimidos con rigor por todas las legislaciones, hoy son tolerados por la autoridad y el espíritu público, y la relajación cunde por todas partes.

Mas; atiende a este precioso orá-

culo: «Si viviereis según la carne, moriréis» (San Pablo).

«Lo más temible para la mujer, como lo más propio para conducirla a la degradación, es lo que mancilla el pudor» (Balmes).

¿Has oído? La joven libre y disuelta se envilece, se degrada, muere ante Dios y ante la parte sana de la humanidad.

Todavía son muchos los cuerdos que, al tener que elegir compañera, y topan con las osadías de ciertas interlocutoras, dicen con un poeta: «Renuncio por pudor a mis derechos».

¡Qué lejos están de tu ideal las que tan fácilmente sacrifican a la orgía mundana su dignidad y decoro !!

No descendas, yo te quiero ver ascendiendo por la pendiente de tu restauración hacia la cumbre, humillando tu carne antes rebelada, porque humillándola la enalteces.

Allí en las lípidas alturas adquirirás «aquella delicadeza de sentimientos que hace percibir inefables bellezas en el orden moral y hasta en el físico» bellezas negadas a las impúdicas.

Tu corazón, como terso cristal, reflejará la verdad divina y verás todas las cosas con visión clara.

Y no querrás mancillar tus ojos

con la vista mundana, ni profanar el templo de tu cuerpo pasando el umbral de ciertos salones a teatros, o aliñándote de suerte que hagas sucumbir la virtud. tomar parte en las usanzas en que el desenfreno y la licencia desdican de tu dignidad, en una palabra, no querrás exponer tu alia, distinción y aristocracia de que te invistió Dios a las inmundicias lodazal de nuestro mundo, más mundo que los pasados.

Compara a la joven paganizada hija de este mundo, desenvuelta, provocativa, dada a todos los pasatiempos, ebria de sensaciones, vacía de actividades útiles; a la joven de exterior sencillo, modesto en sus vestidos, en sus posturas y movimientos, reservada, negándose a las diversiones peligrosas, pasando la mayor parte del tiempo en serias y provechosas ocupaciones, guardando su belleza interior de las profanaciones que la rodean.

Este es tu ideal, aureolado de casta luz, valor eterno, en ti del cual volarán locamente efímeras luciérnagas de las modas y usos insensatos arrastrando y perdiendo muchas vidas.

Palma Julio 1933

F. E.

LA SENDA HUMILDE

Característica innegable de nuestro siglo del progreso es el brillo, el afán de relumbrar que cada día hace más rara la virtud de la modesta abnegación.

Por poco que lo analicemos, encontraremos en el fondo del espíritu moderno, un empeño tenaz en ostentarse y relumbrar.

«Paraitre! Voilà le devise.

Paraître, on ne pas être!»
que dirá el poeta francés.

Cierto que el mal no es de hoy sólo, sino de ayer y de antaño y si lo analizamos en su origen, hasta remontarnos a la época del paganismo, casi nos atreveremos a decir que era un mal obligado.

Si la humildad, en efecto,—el gran fundamento de la virtud— era desconocida en su esencia, por los sabios de la filosofía pagana por ignorar ellos el hecho y la doctrina de la creación de la nada, ¿por qué no reconocer la lógica en que aquellos antiguos filósofos abrazaban el orgullo y la vanidad?

Para *Aristóteles*, por ejemplo, Cicerón, la constitución y la marcha de la Iglesia sería un enigma desconcertador hasta que darían con el primer mensaje doctrinal de Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Y es que los contrastes forman la mé-

dula del Cristianismo.

El Dios de los cristianos—escribía Mme, Swetchine—semeja el Dios de las metamorfosis: echáis en su seno el dolor y se os transforma en paz; echáis en él la desesperación y os sale a flote la esperanza; veis a un pecador que se allega a él y comprobaréis como se troca en un santo que propaga su gloria.»

Ordena al hombre—hubiera podido añadir—que se reconozca por vil y abominable y le infiltra a su vez el deseo de ser semejante a Dios. Se induce a practicar la humillación y resulta en último término que lo conduce por el camino de la verdadera exaltación.

Y nada digamos de la técnica usada por la Iglesia por la cual los nietos de los Cornelios, de los Cecilios, ora arrodillados en algún salón de su propio palacio convertido en iglesia, ora en alguna capilla de las Catacumbas romanas, inclinaban la cabeza con igual respeto bajo la mano de un Papa igual por su nacimiento—como probablemente lo fueron San Clemente y San Cornelio—que bajo la mano de otro que llevara el estigma de esclavo, como San Calixto,

Lo que cuesta empero, resignarse a seguir la senda escondida, la enemiga de la singularidad, la enamorada de la vida común.

La tenacidad – opuesta al espíritu de exhibición de nuestro siglo: *Paraître! Voilà la deoise* – en no salirse de la vida común en el estado de la perfección obtuvo para un joven belga jesuíta el grado heroico en la virtud y el honor de los altares.

En efecto, la característica de San

Juan Berchman queda reflejada en su conocida máxima: “mi mayor penitencia será no salirme de la vida común” el polo opuesto al afán de nuestro siglo.

Paraître, on ne pas être”

JUSTINO RIPALDA

Campos del Puerto 9 – VII - 33



“...la caracterísíca“ de San Juan Berchmans...”

LOS PAPAS Y SUS ENEMIGOS

«No derrocarán la Iglesia las puertas del infierno.» Los siglos patentizan el aserto.

En su nefando odio, los enemigos de la Iglesia, se ensañan contra los Vicarios de Jesucristo, olvidando que el Salvador no falla en su promesa.

Alucinados en su furor arrebataron el poder temporal de los Papas ignorando que el reino de la Iglesia no tiene fronteras; cobija en su seno a todos los fieles del Universo. *Se dice, con verdad, que el Estado del Sumo Pontífice es el más reducido y el más vasto; el más moderno y el más antiguo.*

Pretenden los perseguidores del nombre de Cristo borrar el Papado de la tierra declarándole cruel guerra y en la persecución creen hallar su triunfo: en presencia del primer ministro de Jesucristo no se inclinan, solamente, las cabezas de sus vasallos, como se inclinaban ante la crueldad de los emperadores de Roma, se le rinden también los corazones y a éstos no se les aprisiona, tienen murallas inexpugnables que únicamente la voluntad franquea: La Historia escribe relatos que lo justifica.

Recordemos el terrible destierro de Pío VI. La Convención francesa se empeñó en abolir la práctica del culto católico en toda Europa. El 29 de Febrero de 1798, el calvinista Haller

anunciaba su cautiverio al Papa y el virtuoso Pío VI levantó sus ojos y manos al cielo y bendijo al Señor que le sujetaba a tan terrible prueba. A la insolencia del general Cervoni que le invitó a que se adornara con la escarapela tricolor, contestó con dignidad: «No conozco otro uniforme para, mí, que aquel con que me ha honrado la Iglesia. Tenéis todo el poder sobre mi cuerpo, pero no sobre mi alma que es superior a vuestros alcances. Adoro la mano de Dios Todopoderoso que castiga al mismo tiempo al pastor y al rebaño: podéis quemar y destruir las habitaciones de los vivos y las tumbas de los muertos; pero la religión es eterna; ella sobrevivirá a vosotros; así como ha existido antes de vosotros y su reinado se perpetuará hasta la consumación de los siglos.»

Despojado de sus estados y conducido prisionero, a Valencia de Francia, no por esto perdió el poder y fué constantemente venerado en el universo cristiano. Por los pueblos de tránsito y aun por los caminos, multitud de gente esperaba al Santo Padre para pedirle la bendición. Al llegar a Grenoble tantos fueron los fieles que de diferentes puntos acudieron en su deseo de ver al Pontífice, que el gobernador mandó cerrar las puertas de la ciudad. ¡Cuán engañados viven los que creen que es

fácil hallar el trofeo sobre las ruinas de la fe cristiana!

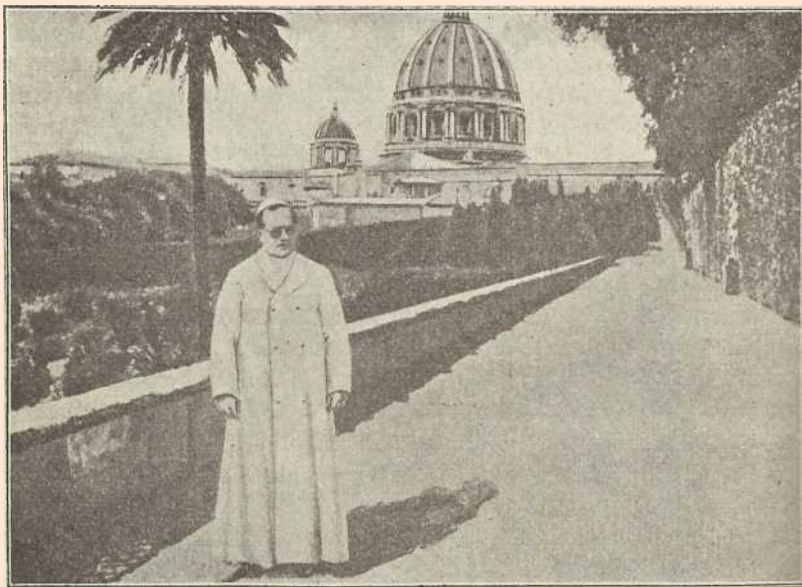
La muerte le sorprende en el cautiverio y al acercarse monseñor Spina con la Sagrada Forma en la mano para administrarle el el Viático, Pío VI repite lo que tantas veces dijera, refiriéndose a a sus enemigos: «*Los perdonamos de todo nuestro corazón.*»

Gloriábanse los sectarios y en tono magistral anunciaban que había muerto el Pontífice para no resucitar más, y dieron por muerto a la Iglesia, cuya juventud se renueva cada día porque está sostenida por el dedo de Dios.

Con la entrada triunfal en Roma de Pío VII, el 3 de Julio de 1800, se cumple de nuevo la promesa del Señor

* * *

Bonaparte cree que el sol de sus victorias no tendría eclipse. Algo faltaba a sus conquistas y, no pudiendo doblegar el tesón de Pío VII, obligándole a firmar estipulaciones muy irridentes le hace prisionero. Uno de los revolucionarios que acompañaba al general Radet le decía, lleno de gozo, en la puerta del Quirinal cuando por ella salía la Majestad del Vicario de Jesucristo: ¡"Genéral, nos llevamos el último Papa; ya no habrá otro" !



«Pío XI que reúne, en su augusta persona, títulos y ejecutorias de gloria»...

Lo que terminaba no era el Pontífice sino la gloria del perseguidor. Más tarde lo reconoció el mismo Napoleón cuando decía a Pío VII: “ ¡ Oh, Santísimo Padre, *Vuestra Santidad tiene almas; yo no tengo más que cuerpos; Vuestra Santidad está cien pies más alto que yo!*”

El cautiverio violento no fué capaz de abatir la alteza del Papa ni de sofocar la caridad para con su verdugo: lo prueba un documento que escribió desde el castillo de Fontainebleau... «Dirijo a Dios las más fervientes súplicas para que se digne derramar con abundancia, sobre V.M., sus celestiales bendiciones.

Hoy la Iglesia sigue pujante y los sectarios rabian de furor. Ven colocado en la silla de Pedro un preclaro sucesor, Pío XI, que reúne, en su augusta persona, títulos y ejecutorias de gloria. Acuden a Roma peregrinos de todo el Globo para recibir, con las gracias del Año Santo, la bendición del Vicario de Cristo que imploran reverentes postrados a sus pies. De su paternal corazón bro-

tan palabras de bondad hacia los que le ultrajan dictando leyes contra la Iglesia... «*Bendecimos, decía su Santidad, el 9 de Junio último, a los tres mil peregrinos españoles, a los que nos han hecho y nos hacen sufrir.*»

Cuando la tiranía quiere sobreponerse. echa siempre mano del pueblo, halagándole con anuncios de próximas venturas, pero conseguido su objeto, entonces tiraniza a ese mismo pueblo, que sin aprender nunca en el gran libro de la experiencia, sirve de escala para satisfacer las ambiciones de los que nada les importa ni aún la sangre inocente que suele regar las gradas, por las que han de subir a los sitios que apetecen. ¡Qué no tenga que oír nuestro pueblo las palabras que el general Miollis, después del rapto del Pontífice Pío VII, decía a los oficiales que estaban rodeados de los cómplices que trabajaron para escalar las paredes y echar por tierra las puertas del Palacio pontificio! «*Ahora, señores despedid a esa canalla.*»

N. S.

NOTICIAS

Han contraído matrimonio las ex-alumnas, del pensionado de Onteniente, Srita. Emilia Reig con D. Manuel Pérez y Srita. Anita Martínez Donad con D. Jaime Mayor.

Hacemos votos para que el Señor derrame sobre los noveles esposos toda suerte de bendiciones en su nuevo estado.

Después de larga enfermedad sufrida con ejemplar resignación falleció en Palma, el 21 de Junio, la ex-alumna D.^a Amparo Billón.

Pedimos oraciones por el eterno descanso del alma de la finada y enviamos a su familia el sentimiento de nuestra sincera condolencia.

ASSUMPTA EST

Enferma de amores
Se encuentra María
Que el dolor le abrió
Muy profunda herida.
Siente gran nostalgia
Cual la tortolilla
Lejos de Jesús
Que era su alegría.
Le es triste el destierro
La tierra sombría
Por ir a la Patria
Sin cesar suspira.
Los ángeles bellos
Que están con María
Han llevado al cielo
Tan justa misiva.
El Padre y el Hijo
Con ansia inaudita
Con el paráclito
Tienen entrevista.
Y acuerdan, legiones
De las jerarquías
Mandar a la tierra
Por la que es su Hija,
Su Madre, su Esposa,
La Virgen bendita
Recreo del cielo
Pura, sin mancha.
En la tierra se oye
Dulce melodía
Y apóstoles llegan
Todos con gran prisa.
Rodean el lecho
De la Virgen pía
Que a todos bendice
Con gracia, divina,
«No lloréis — les dice —
Que en la Patria mía
Por vosotros siempre
Rogará María.
Como el ciervo anhela

Agua cristalina
Mi alma por Jesús
Sin cesar suspira.
Con flores cercadme
Las más exquisitas
Que de amor divino
Muere el alma mía.»
Profundo silencio
Sucede en seguida,
Una luz muy clara
Recrea la vista;
Los ángeles tejen
Guiraldas muy finas
Que esparcen perfumes
Que al alma extasían.
La Virgen extiende
Con gran alegría
Sus brazos y exhala
Muy dulce sonrisa.
Se oyen unos cantos
Llenos de armonía
Y el revoloteo
De las alas niveas,
Y entre mil ¡¡hossannas!!
Assúmpta est María.
Sus hijos con pena
Miran hacia arriba.
Después de un momento
Renace la dicha
Su Madre, del cielo
Flores les envía.
Ellos las recogen
Todas con gran prisa
Las besan y lloran
Con gran alegría,
Y escuchan atentos
La fiesta inaudita
Y el celeste canto
De la salmodia.

FIDES

Palma, Agosto de 1933

AZUCENA EN CAPULLO

(Continuación)

II

El sol enviaba ya a la tierra su postrimer saludo de despedida en la tenue claridad de un crepúsculo vespertino.

En uno de los terraditos de aquella santa casa, veíanse grupos de jóvenes colegialas, no animadas y juguetones como otras veces, sino graves, modestas y recogidas. Un silencio sepulcral, que llenaba el alma de respetuoso temor y admiración, reinaba entre ellas, sólo interrumpido por el leve ruido de sus pisadas sobre el pavimento y alguna que otra oración que salida de sus labios se remontaba cual precioso incienso a las alturas.

Estaban en Ejercicios, y acababa la plática de aquella tarde, habían salido a respirar el aire libre y contemplar por unos momentos el límpido azul del cielo, que empezaba ya a cubrirse con débiles girones del negro manto de la noche.

Sentadas algunas de ellas en los largos bancos de piedra, parecía que re-concentrándose en sí mismas y como ajenas a cuanto a su alrededor pasaba, querían, recordando una a una las impresiones de aquellos días, grabarlas para siempre en su memoria y más que todo, esculpir las de modo inde-

leble en su corazón. Otras, paseábanse silenciosas a lo largo de la azotea o de sus salas de recreo, mientras entre sus dedos se deslizaban suavemente las cuentas de su rosario.

Para varias de ellas serían aquellos los últimos Ejercicios que harían en aquel tan querido y predilecto lugar, en donde, alejadas de los peligros y engaños de un mundo vano y seductor, respiraban en una atmósfera de vida verdadera, saturada por el suave aroma de la virtud y por eso querían prepararse para la lucha, grabando bien en su alma los dulces afectos y santas inspiraciones que despertara en su espíritu la contemplación de las verdades eternas.

El sonido de la campana vino a sacar a las unas de sus hondas meditaciones e interrumpir el rezo de las otras, y congrególas a todas en el salón de estudios. Una tercera fué a reunirse con sus compañeras.

La mirada escrutadora de un curioso observador no hubiera dejado de ver que algo grande, extraordinario y no común pasaba en aquella alma, dejándose traslucir claramente en su semblante; imitaba el ejemplo de recogimiento y fervor de sus condiscípulas,

pero quien la mirase con detención no podría menos de leer en su rostro la alegría de su alma que en él se reflejaba, y sus ojos, fieles espejos de lo que en nuestro interior pasa, decían bien alto cuánta era la suavidad y dulzura que en aquellos momentos experimentaba.

¿Quién era ella ¿de dónde venía que durante aquel tiempo de descanso no la habían encontrado entre el número restante de sus compañeras?

Si la hubierais visto momentos antes doblar cuidadosamente su mantilla, hubiera quedado completamente satisfecha vuestra curiosidad.

Jovencita aún era, pero hacía tiempo que en su corazón se libraba encarnizada lucha. La gracia de aquel Señor que quiere para sí las primicias de nuestro corazón, hacía tiempo que llamaba fuertemente a las puertas del suyo, deseando ser correspondido; mas, su corazón se resistía, se resistía una y otra vez, y la loca y temeraria resistencia que oponía obscurecía más su mente, y la débil barquilla de su alma caminaba sin rumbo en un mar alborotado por fuerte tempestad; el cielo aparecía cubierto por densas nubes y sí alguna que otra vez algún rayo de luz dejaba entreverse a través de aquel cerrado horizonte, era para mayor martirio, pues el temor apoderábase de su alma y empezaba de nuevo la lucha con más bríos, encrespábanse las olas con más furor, y espesas y negras sombras de tristeza cubrían más y más el horizonte de su vida.

Pero llegó un día, el día de la gracia del Señor. Cansada de tanta lucha y de tanta fatiga fuéase a descansar al pié del Tabernáculo. Un rayo de divina claridad debió desprenderse entonces del Costado de Cristo y rasgando las negras y espesas sombras que rodeaban a aquella alma, penetró hasta el fondo de la misma, trayendo en pos de sí la dicha y la bonanza.

Sus ojos se iluminaron súbitamente cual si una inspiración feliz hubiera brotado en su imaginación o una idea salvadora acudida a su mente; su semblante tomó una expresión de bienestar incomparable, y postrada a los pies de la Virgen sintió palpitar en lo más hondo de su interior, enérgica y vigorosa, una resolución que sus labios pronunciaron tan callada y pausadamente que apenas pudo ser percibida por los Angeles que humildes y reverentes rinden tributo de adoración y amor al Dios escondido del Sagrario.

A los resplandores de aquella luz encontró la solución de su arduo e intrincado problema que tanto torturaba su corazón. Había visto claramente la voluntad de Dios, había oído de nuevo su voz amada y benigna que la llamaba, había sentido una vez más el poderoso influjo de su gracia que dulcemente la atraía hacia Sí; y generosa y desprendida había correspondido a ella, por eso vióse anegada en un mar de dulzura y suavidad gustando, por propia expe-

riencia cuan dulce y suave es el Señor.

Al oír el toque de la campana, levantóse de las gradas del altar, animada, fuerte, aguerrida, tranquila y satisfecha, como el general vencedor en rudo combate, y subió a reunirse con sus demás compañeras. No habían notado quizás su falta. Habían ignorado pesares y crueles aflicciones y estarían muy lejos de adivinar la transformación que en aquellos instantes acababa de obrarse en su corazón, por eso confiadamente y sin temor de que su secreto llegara ser descubierto, unióse a ellas para seguir de la misma manera el cumplimiento de análogas obligaciones.

La campana anunció de nuevo a las jóvenes educandas había llegado la hora del descanso, y minutos después resonaban en la Capilla las voces argentinas, pero a la vez graves, unísonas y pausadas de las niñas, quienes elevando su corazón al Supremo Arbitro de todos los acontecimientos, demostrábanle su agradecimiento por los beneficios recibidos de su pródiga y liberal mano. Se apagaron los ecos de aquellas voces y el silencio volvió a reinar por todas partes.

Los blancos pabellones de sus camas se cerraron unánimemente y el Ángel del Señor, extendiendo sus niveas alas veló invisible el sueño de las colegiales, mientras *otro ángel* la Religiosa encargada aquella noche del servicio de la vela vigilaba cuidadosa

el tranquilo reposo de las educandas.

Nuestra joven descansaba dulcemente, un sueño plácido y reparador había cerrado sus pupilas.

III

Termináronse aquellos días de santo retiro. Nuevo movimiento, nueva actividad, nueva vida se notaba en los ha poco silenciosos salones, trabajando todas incansablemente y a porfía en el exacto cumplimiento del deber.

Pasaron también para nuestra joven pensionista aquellos momentos de bienestar y dicha y volvieron los de la prueba y el dolor. Encapotóse otra vez el cielo en aquel entonces suave y tranquilo, el viento de la tentación y adversidad sopló nuevamente con fuerza, las dudas y temores nublaron su inteligencia, y la débil barquilla de su alma luchaba, luchaba incesantemente contra las furibundas olas. Era que el ángel caído, envidioso de tanta felicidad, pretendía arrebatar al dulce Esposo y Rey de las almas castas, aquel corazón que tan espontáneamente se le había entregado.

Su vida fué semejante a las aguas de un caudaloso río que ya se deslizan mansas y tranquilas siguiendo suavemente la corriente, ya impetuosas y arrebatadoras arrastrando en pos de sí todo cuanto encuentran a su paso; pero siempre que agobiada bajo el peso de sus sufrimientos y bañados sus ojos en abundantes y amargas lágrimas, caía de hinojos a los pies de su querido Tabernáculo, el recuerdo de aquella

tarde de Marzo brotaba de nuevo en su memoria con todos sus encantos y dulces atractivos, la serenidad renacía en su rostro, y la calma en su angustiado corazón, y gozaba de nuevo la paz y tranquilidad que en aquellos inolvidables y solemnes momentos de su existencia experimentara.

tos de su existencia experimentara.

¡Cuán poderosa, vivificante y eficaz es la luz que irradia el Corazon de Cristo Dios! No es extraño, dimana de Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo»

Seguirá

EL OCÉANO PACÍFICO

Si el Atlántico parece ser la tumba de un mundo desaparecido bajo las aguas, según opinión de algunos astrónomos, el Océano Pacífico representaría, en cambio, el vacío dejado por un mundo nuevo separado de esta vieja tierra rasgada, o sea, el vacío producido al separarse la Luna.

Esta curiosa hipótesis, sobre el origen de la Luna escapada del regazo de su madre y del consiguiente rompimiento de agua del inmenso abismo que de ella derivó, se debe al hijo de aquel célebre naturalista inglés que quiso explicar el origen del hombre, enseñando que ése debe ser el último producto de la lucha por la existencia entre los seres vivientes, habiendo sido obtenido mediante la trasformación de algunos monos más evolucionados en animales racionales. ¡Dónde se ve que la audacia puede pasar tal vez de padre a hijo, como tantas otras cosas!... Además de ésta, muchas otras ingeniosas suposiciones fueron hechas por geógrafos, geólogos y astrónomos para explicar el origen del inmenso

Océano, situado entre las costas de las Américas y de las Antártidas, y las de Asia y Australia, de esta antiquísima concavidad de agua, rodeada de altas cadenas de montes de la pendiente áspera, con más de 200 cumbres humeantes.

Dignos de atención e interesantes son los cálculos hechos para valuar las formidables proporciones de este Océano en comparación de toda la Tierra.

Cubre en efecto muy bien los tres décimos de la superficie del globo, midiendo en longitud de N. a S. cerca de 15.000 km. y más de 10.000 de E. a O., formando una área de casi 180.000.000 de kilómetros cuadrados Para que la Luna pudiese cubrirlo todo, teniendo ésta sólo un diámetro de 3.481 km., debería reducirse a una gran hogaza con un espesor de cerca 120.000 m. pudiendo ese contener, al menos, diez Lunas esféricas dispuestas todas en el mismo plano, como otras tantas manzanas en un plato!...

Las aguas del pacífico tienen una profundidad media de 4.000 m. pero en muchas partes pasan de 9.000 y recientemente se ha encontrado, no lejos de las Filipinas, una, fosa de 10. 794 m. su volumen puede calcularse en más de 720 millones de kilómetros cuadrados y el peso, al menos, de 750 mil billones de toneladas.

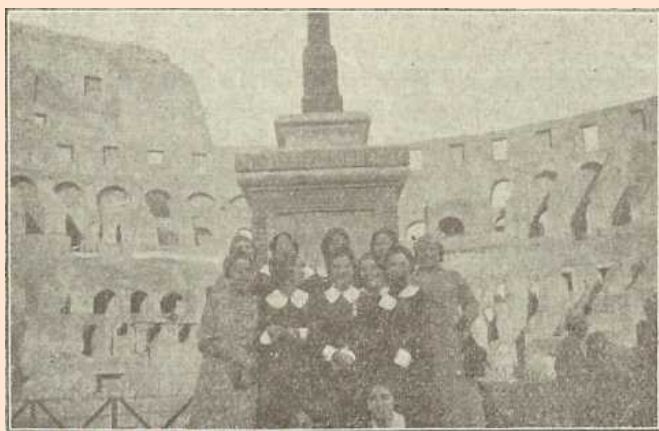
El amplio depósito, que contiene estas aguas, se presenta en todas partes con el fondo aplanado y con las orillas cortadas perpendicularmente, construidas por rocas de los primeros tiempos geológicos. No ha sufrido, en su contorno, variación alguna notable a través de los siglos. Aparecieron sólo lentamente en medio de sus aguas las muchas millares de islas que ahora acaricia con sus corrientes, o devasta con terrible oleaje, durante los tifones y las tempestades. Todas aquellas numerosas islas son el producto de otros tantos volcanes submarinos: siéndolo, también, aquellas que parecen sólo

la obra admirable de humildes animales constructores de arborecencias calcáreas.

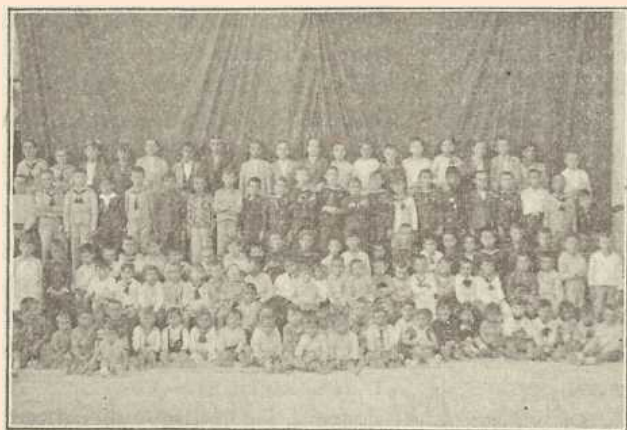
Los habitantes, de las islas del Pacífico exceptuando los numerosísimos de los archipiélagos del Japón, de las Filipinas y de las grandes islas Nueva Guinea, Tasmania y Nueva Zelanda se pueden calcular en número de cerca un millón y medio, de los cuales son católicos unos 270.000. Los otros han sido, en gran parte, convertidos por los ingleses al protestantismo y muchos son aún idólatras, con tradiciones y costumbres entre lo más curioso y extravagante.

El Océano Pacífico fué atravesado por primera vez el año 1520 por la expedición portuguesa de Fernando Magallanes, que lo llamó así habiéndolo recorrido en su mayor parte por la zona de las calmas tropicales entre las costas de Chile y Australia.

M.^a DE JESÚS MAÍQUEZ,
alumna, de 5° curso.

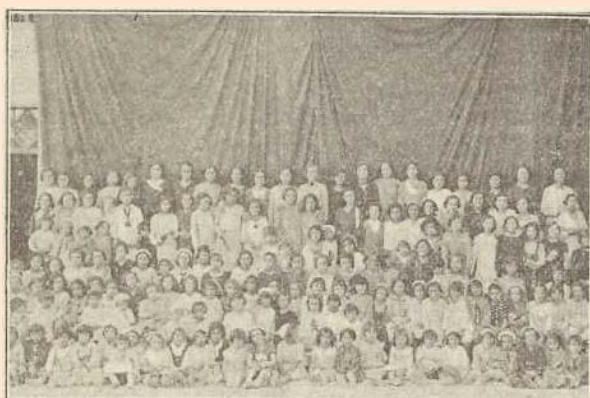


Alumnas del Colegio de Villa Alegre en el Coliseo de Roma,



Grupo de niños y niñas que asistieron a la fiesta Catequística celebrada en el Colegio de Manacor.

El 29 de Junio celebramos en Manacor la fiesta Catequística con toda solemnidad, dando comienzo con una ferviente y numerosa comunión para los niños, niñas, catequistas y protectores de este Centro que tanto incremento ha tomado, a pesar del corto tiempo que ha transcurrido desde su fundación.



Por la tarde, en el espacioso patio del colegio de la Pureza, y ante numerosa concurrencia, efectuóse la repartición de premios presidida por el Rdo. Sr. Ecónomo.

Empezó con la lectura de la “*Memoria*” por la Secretaria de la Catequesis. Acto seguido un niño, de los que asisten a la Doctrina, recitó una poesía dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y un grupo de niñas ejecutó varios juegos.

Procedióse, después, a la entrega de diplomas a los niños y niñas que aprendieron todo el Catecismo Diocesano y gran parte del Catecismo Mayor; seguidamente efectuóse la “*fría*” de los juguetes y prendas de vestir por los demás que asisten a la Catequesis.

El Sr. Ecónomo, con palabra efusiva, dió la enhorabuena a los niños y niñas exhortándoles a ser constantes en su asistencia a las explicaciones doctrinales y, dióse por terminado el acto con el Himno Catequístico, cantado a coro por los niños y niñas de este Centro.

HORAS DE CIELO

Antes que nada quiero pedirte perdón, amada Caridad, por mi tardanza en contestar a tu última, enviada por Mater Purísima. Merezco me tildes de poco atenta y desagradecida, y reconozco que he correspondido muy mal por dejar pasar tantísimo tiempo sin contestar a la tuya; mas como eres tan buena, según tu nombre mismo lo dice, no dudo que has de tener un poquito de caridad para conmigo; desde ahora en adelante te prometo ser más puntual en contestar a tus misivas, que tanto agradezco y tanto bien hacen a mi alma.

Horas de cielo, horas felices fueron las que pasamos el día 28 de Mayo. Hicieron su primera Comunión los niños y niñas del Colegio. ¿Sabes que parecían? No encuentro cosa a qué compararles; porque ponían unas caritas... celestiales, divinas tan puras e inocentes que de sólo el mirarlas acudían lágrimas de emoción a los ojos. La Iglesia, excuso decirte, cómo estaba de adornada; ya sabes como lo hacen nuestras madres y más en fiestas tan íntimas y de regalo como ésta. ¡Con qué distinción y con qué finura! Y el altar de la Virgen?... de sus ojos purísimos parecía que irradiaba rayos de luz, y de su boca sonriente y mirada divina pendían todos nuestros corazones.

Llegó el momento de entrar los co-

mulgantes a la Iglesia; iban formadas dos colegialas y una niña de primera comunión, así sucesivamente, a los acordes melódicos del órgano que parecía pulsaban manos de ángel; empezaron a cantar unas voces purísimas;

Las palomitas vuelan,
vuelan al palomar,
Las almas que amar saben
vuelan a vuestro altar.

En verdad que al palomar volaban las blancas palomas, volaban para unirse con Jesús; con el Jesús del Sagrario que tanta avidez siente por bajar hasta las almas de estos ángeles. ¿Y qué les diría este fino amante al entrar por vez primera en aquellos corazones infantiles? ¿qué les diría al hallar sus moradas tan bien preparadas? ¡Cuántas cosas! ¡tiene tanto que decir el buen Jesús en estos tiempos, en que se le quiere arrancar de la sociedad, de los hogares, y lo que es más doloroso, de las tiernas conciencias de los pequeños, de esa porción selecta y escogida de su corazón...! ¡cuántas veces encuentra Jesús cerrada la puerta de los suyos:

No hay palabras para poder expresarte la grandeza y devoción de este acto conmovedor. Pasamos unas horas de cielo, horas de verdadero goce y felicidad que sólo se viven á los pies del Sagrario y bajo la mirada maternal de nuestra buena Madre, María. ¡Qué alegría la de Jesús y qué bendición tan copiosa de

alegría la de Jesús y qué bendición tan copiosa de gracias ha debido derramar por esta obra santa sobre nuestras Madres de la Pureza! Ellas sí que le oyen y siguen su voz amorosa y vuelan cual blancas palomas al palomar, para consolar al Divino prisionero y mitigar un tanto sus dolores! ¡Ellas que tan bien saben inculcar en nuestros corazones el amor al sacrificio y a la cruz, y para el amor a la cruz preparan estas almitas de los pequeños, en quienes Jesús se recrea!

Volemos nosotras a imitación suya; volemos al Palomar atraídas por las virtudes del Maestro Divino que se nos inculcaron en el Colegio.

En la tuya me ofreces el amor

de sacrificio, que yo acepto con sumo interés y agrado; pero te ruego, amada Caridad, pidas por mí para que no sea infiel ni desfallezca.

Mi madre sigue igual. Si luce buen sol, distingue algo y puede vernos. Se le han calmado los dolores de cabeza. Estoy contenta y resignada.

No quiero cansarte más. En mi próxima, te contaré otra fiesta del Colegio de no menos interés y piedad. También fué Jesús el alma de ella y su gloria y esplendor.

Adios, querida Caridad, de todo corazón te vuelvo a implorar me perdonen, y no me olviden ante el Sagrario. Te abraza tu amiga.

E. TORRÓ

Onteniente 12-6-33.



Exalumnas del Colegio de Palma que representaron la zarzuela «Ses dones a la moderna».